

## CAPITULO I

### COMIENZA LA GUERRA

Tras la cruenta batalla de la ya extinta barrera y sin apenas encontrar resistencia, el Oscuur-Ekerquitum avanza fiero y veloz por tres grandes frentes, a saber, el Aluin-Frontem o Frente del Norte, el Arka-Frontem o Frente del Sur, y el Centrum-Frontem o Frente Central.

Los campesinos de la región norteña son diezmados atrozmente como si de un puñado de ratas despavoridas se tratara. Sus perseguidores no tienen ninguna compasión y van quemando todo lo que encuentran a su paso. Las casas son saqueadas, para posteriormente ser destruidas y consumidas por el incandescente fuego provocado por las antorchas de los soldados de la Oscuridad. Las mujeres son sacadas a la fuerza de sus hogares y llevadas a la plaza de un pueblo ya rodeado en llamas. Algunas de las casadas son llevadas cautivas en los carros de los guerreros para servir al Emperador y su Corte, mientras que algunas de las vírgenes serán sacrificadas en su honor. Entre los hombres, mujeres y niños que sobrevivieron a la matanza, se contaron tres mil cautivos que servirían para trabajar los campos y servir a los soldados de la oscuridad. Los que lograron huir de la destrucción y la muerte, los cuales fueron apenas unos setecientos, se refugiaron en el bosque junto a las Montañas Nevadas, éstas estaban, aun, más al norte, colindando con la Región de Sargón, y era un paraje inhóspito y helado.

El terreno es duro y escabroso, perfecto para hallar un escondite seguro. En él nace el Redorat, el Río Dorado, serpeando a lo largo de todo el bosque. En una de sus partes se puede pescar truchas bastante grandes y de un sabor muy exquisito, con lo que no será difícil encontrar comida, aunque sólo sea buen pescado para comer todos los días. Se cuenta, además, que en lo profundo del bosque vive un extraño hombre que se comunica con las bestias. Casi nadie lo conoce. Sólo algunos saben que su nombre es Zarkons y que no le gustan precisamente las visitas; aquellos que se atrevieron a “visitarle” relatan que tiene extraños poderes y que guarda un extraño objeto circular del cual se despiden una gran luz que ilumina todo el bosque y su cielo. Zarkons advirtió la presencia de los “visitantes” y los despidió con su habitual “cortesía” la cual consistía en despacharlos “amablemente” con un par de osos pardos y fieros pisándoles los talones. No obstante, tras la mediación de Zollabar, el sacerdote de Zollkron, Zarkons accede a acoger y a proteger a los refugiados en el bosque usando su gran poder para repeler las posibles incursiones de los invasores. Dadas las circunstancias, Zarkons tuvo que ocultar la piedra que

custodiaba, de modo que su luz no fuera visible y atrajera a más enemigos de la cuenta hacia el bosque, el cual se había convertido en un lugar de refugio para todos aquellos que iban llegando provenientes de las aldeas del norte y otros lugares de Arkadhia que estaban siendo también atacados ferozmente. Zarkons incluso trataba de animarlos y consolarlos en la medida de lo posible para que estos pudieran seguir adelante con sus almas abatidas debido a la tragedia de la guerra.

Mientras en el sur, los pescadores corrieron la misma suerte o incluso peor. Su gran puerto ultramarino fue completamente destruido, sus barcos, sus redes, sus casas y sus propias vidas. Del pueblo no queda más que el humo y un montón de ruinas. Los que escaparon no tuvieron un lugar seguro a donde ir, pues, el Bosque de Cristal, lejos de dar seguridad, dicen de él que quien se ha atrevido a adentrarse no ha vuelto jamás. De él, también resplandece otra gran luz iluminando el cielo. De modo que, sin un lugar claro donde refugiarse, vagan errantes hacia las montañas del oeste y hacia el norte en busca de otro hogar en el exilio, en busca de un hogar que les ha sido vilmente arrebatado. Pero los montañeses que habitan en el oeste son gente aislada del resto del reino de la luz y no son hospitalarios ni siquiera con los de su propio pueblo, por lo que obligan a la mayoría de los refugiados a marcharse o a acampar en las laderas donde son un blanco fácil no solo para el Oscuur-Ekerquitum sino para los animales salvajes que moran por aquella zona. Los que deciden marchar hacia el norte para cruzar la frontera con Sargón por el paso del Aluin-Forestem, el bosque del norte, son interceptados a tiempo por Zarkons para que se queden en el refugio establecido allí para tal efecto. Sin embargo, no todos optan por tomar el paso del bosque por temor a ser interceptados por el Oscuur-Ekerquitum durante el trayecto, por lo que muchos se dirigen desesperadamente hacia el peligroso e inhóspito paso de las Montañas Nevadas, o aún peor, hacia los escarpados acantilados que las bordeaban, donde el viento era muy fuerte e incesante. Por suerte, muchos de ellos lograron alcanzar la región de Sargón, la cual les garantizó asilo en sus tierras durante un tiempo aún no definido.

Una vez conquistados el norte y el sur de la Región arkadhiana de la luz, sólo queda conquistar la capital Luuntur, o Ciudad de la Luz, que se sitúa en la parte central de la misma. El Centrum-Frotem tarda apenas unas pocas horas en derrotar a la débil resistencia que se cruza en su camino y pone cerco a la ciudad. Empieza el sitio el 12 de Enero del séptimo milenio, siglo cero, año cero; así es como en la Región se dice la fecha. Los pocos arqueros con los que cuenta la ciudad provocan innumerables bajas en el ejército enemigo pero finalmente todos caen en el día 14, dando vía libre al Oscuur-Ekerquitum para acercarse a los muros y hacer una o varias

brechas para penetrar al interior de la ciudad.

Es en la tarde-noche del mismo día 14 cuando, por fin, logran entrar en la ciudad sitiada, comienza la última batalla entre el ejército oscuro y la guardia real de Kursadoff VI, muy bien entrenada pero notablemente inferior en número. Aun así, logran contener al ejército oscuro por un día más, tiempo que el rey podía haber aprovechado para huir de la ciudad mediante los pasadizos subterráneos, pero se negó a hacerlo y junto a él quiso permanecer toda la corte real hasta el último momento, hasta el final. Mientras tanto, llegaron los refuerzos desde el norte para apoyar la ofensiva. De modo que en el día 15 es cuando, por fin, toman la ciudad y su castillo. Zork, cuyo nombre significa “Derramador de Sangre”, Comandante de todos los ejércitos de la oscuridad, entra triunfante en la ciudad y avanza hasta alcanzar el castillo. Tras parar un instante y revisar a sus tropas apostadas sobre la entrada, entra con su guardia personal al interior, con talante orgulloso y maléfico. Después de subir unas cuantas escaleras llega a la sala del trono e irrumpe en ella destruyendo las puertas que le obstruían el paso -usando, como es habitual en él, su gran poder.

- Así que es aquí donde se esconde el bastardo usurpador del trono del legítimo Emperador Splenrodd -dijo con una mirada malvada al rey Kursadoff VI Lothar.

- Es a mí a quien queréis ¿no es así? Dejad a los demás marchar en paz -replicó el rey.

- ¡No tan rápido, usurpador! ¡Mirad a vuestro alrededor! ¡No estáis en condiciones de negociar! -gritó Zork con autoridad. Entonces Zork se giró, miró a todos y después de sonreír, se volvió de nuevo al rey- ¿Cuál es vuestro nombre? -preguntó con indiferencia.

- Kursadoff VI Lothar, descendiente de Sirvéin, de la dinastía de los Lothars, mi padre -contestó Heisen Lothar, el príncipe, con severidad.

- Oh ¿Qué tenemos aquí? Un muchacho estúpido e insolente que desea morir aún antes de que lo haga su propio progenitor.

- ¡No! ¡Él no! Él es joven e impulsivo. Tomadme a mí y dejad marchar a todos de una vez, por favor -suplicó el rey.

- ¡Guardias! Traedme al rey -ordenó Zork.

De modo que los guardias, los cuales estaban detrás de Zork, rodearon

al rey y se lo trajeron a él. Éste lo cogió del pecho y lo arrojó contra el suelo.

- ¡No! ¡Padre! -gritó Heisen mientras dos guardias lo sujetaban.

- Ahora decid vuestro último deseo pues, yo, Zork, gusto dar ese privilegio a personas de importancia ¡Antes de arrancarles la cabeza! -alzó su espada grande y larga, curva y dentada por uno de sus lados. En ese instante, un brillo resplandeció a lo largo de todo el filo, y mirando fijamente a los ojos del rey le dijo: “¿Vais a decir algo, sí o no?”.

- No matéis a mi hijo -estas fueron las últimas palabras que el reino de Arkadhia oyó de tan noble rey.

- Está bien, oh rey usurpador, prometo cumplir vuestro último deseo.

Así que Zork, sin ninguna compasión, cortó de un solo tajo la cabeza del monarca matándole en el acto. Zork no podía ocultar su cara de satisfacción tras consumir el magnicidio.

- ¡Padre! ¡No! ¡No! -gritó Heisen con desesperación. Acto seguido miró a los ojos del asesino de su padre. Zork sonríe y vuelve su mirada hacia el cuerpo yacente del rey-. ¡Zork, yo Heisen Lothar, juro por Zollkron que yo mismo os arrancaré la cabeza como vos lo acabáis de hacer con mi padre, el rey! ¡Os lo juro!

- He sido compasivo dándoos una muerte rápida e indolora “su querida majestad” -dijo Zork con voz solemne dirigiéndose a su víctima-. ¡Y tú! No seas estúpido -esta vez dirigiéndose al príncipe-. Prometí a tu padre que yo no te mataría, pero no dije nada sobre un pequeño viajecito sin retorno a las Montañas Nevadas -una carcajada fría y sonora le salió de lo más profundo del alma aludiendo sin duda a un plan malvado y astuto-. Irás sin más abrigo que lo que llevas puesto y ese andrajoso y viejo mantón real de tu padre -el mantón dice la leyenda fue hecho o mandado a hacer por el mismo Zollkron para el nuevo rey, Sirvéin I Lothar, hace ya más de siete milenios. Fue pasando de padres a hijos, de generación en generación. Se dice también que éste tiene poderosas propiedades a las que sólo un Lothar puede acceder. Ni que decir tiene que Zork no sabía nada de esto pues sólo lo veía como un harapo mugriento y miserable-. Es gracioso ¿no?, yo mismo te nombro rey tras la muerte de tu padre y te concedo las Montañas Nevadas como reino -Zork mismo recoge la corona ensangrentada del suelo y se la pone a Heisen en la cabeza en señal de burla-. Que bien os queda la corona. Lástima que solo tengas nieve y más

nieve como súbditos para tan magnífico “rey”. También será una lastima que muráis congelado y la ridícula dinastía de los Lothars sea borrada de la faz de este mundo ¡Qué pena me da! -dijo sarcásticamente, claro está, terminado con otra sonora y terrible carcajada.

- ¡Escuchadme bien, Zork! ¡No habrá cielos ni tierra ni mundos, ni dioses ni héroes ni hombres, ni vida ni muerte que me impidan llevar a cabo este juramento! ¡Te perseguiré en la vida, si vivo, y en la muerte, si muero! ¡Maldito sea si no cumplo este juramento! -un aura de color rojo muy intenso rodeó al príncipe por unos momentos, la corona que se sustentaba sobre su cabeza también comenzó a brillar. Los guardias que lo sujetaban vacilaron un instante, pero volvieron a agarrarlo de inmediato con aún mayor fuerza.

- ¡Lléváoslo de una vez! Ya he aguantado demasiadas tonterías por hoy. Espero que la nieve le enfrié la sangre y esos estúpidos ánimos de venganza. Aunque seguramente le enfriará algo más que solamente eso.

Así que Heisen Lothar, príncipe heredero al trono perdido de Arkadhia, es llevado al exilio a estas frías cumbres, junto a la frontera con Sargón, una de las regiones vecinas de Arkadhia. Después del viaje que duró unos dos días, y tras una demoledora paliza, los guardias de Zork lo dejan medio muerto en la fría y blanca nieve sangrando por su nariz, junto a su dorada corona. Heisen cae inconsciente, y los guardias ríen y se van.

- Hemos hecho bien el trabajito, espero que Zork nos de unas cuantas noches libres y así podamos tomarnos algún que otro trago, por supuesto, te invitaré a uno -dijo uno de los guardias.

- Deberíamos de habernos quedado con la corona -dijo el otro guardia.

- Ni hablar. Zork mismo se la colocó en la cabeza con sus propias manos ¿Acaso no recuerdas como ésta comenzó a brillar después de eso? Sólo Zork mismo sabrá que clase de maleficio tendrá las cosas que él toca. No sé tú, pero yo no pienso tocar nada que antes haya tocado Zork.

- Tienes toda la razón. Mejor dejémosla donde está.

- Será lo mejor sin duda. Y ahora, volvámonos. Me hieló de frío y realmente me apetece beber un buen trago de vino. Por supuesto, la invitación sigue en pie.

- Sí, la verdad es que no te voy a rechazar ese trago; pero que sea de un buen vino y que me caliente las venas, estoy helado hasta los huesos con este condenado frío -cuando hubo dicho esto, se estaba poniendo el Sol y levantando, a su vez, una ventisca. Así que no tardaron en coger sus caballos y volver.

Y ahí tirado en la nieve, ensangrentado, medio muerto y herido, aguantando el frío y la tempestad, está ahora Heisen, el noble príncipe, envuelto únicamente, y gracias al cielo, por el manto real de su recién fallecido padre.

\*\*\*